

El renovador del pop

ESTEBAN LINÉS

LA VANGUARDIA, 26.06.09

Desde que comenzó a aparecer en programas de televisión con sus hermanos a la edad de once años, sus extraordinarias cualidades como cantante y bailarín de música soul modernizada le acabaron convirtiendo casi inevitablemente en el rey del pop, un apelativo que al principio sonó exagerado para no pocos aficionados y críticos pero que con el paso del tiempo nadie cuestionó.

En las valoraciones alrededor de los veinticinco años de la aparición de *Thriller* (no sólo su obra más emblemática sino el disco más vendido de todos los tiempos, con más de 108 millones de copias) hace algo más de dos años, se ponía de manifiesto que en torno a Jackson se levantaron grandes expectativas ya desde los tiempos de los Jackson Five, un grupo de cinco hermanos que apostaban por un contagioso pop-funk-r&b de factura negra. Michael contaba cinco años cuando se convirtió en el *líder-baby* de una fábrica de generar dólares diseñada por un padre tan listo como despiadado.

Dos elementos han gravitado decisivamente sobre la vida y la carrera artística de una de las estrellas más indiscutibles del *show business* planetario: su conversión en estrella a una edad antinatural, sus indiscutibles condiciones para la música, el baile y el concepto del show contemporáneo, y, en la otra mano, una desastrosa existencia personal que fue perjudicando de manera evidente y escandalosa una persona que podía haber seguido brillando a un alto nivel.

Lo importante para la historia del género de la música popular es, de entrada, que era un icono de una música que no conocía de estilos, que no se circunscribía a la música negra sino que había traspasado todas las fronteras. Dio un aviso con *Off the wall*, donde se atrevía con el funk, el rhythm and blues tal como se entiende ahora y el soul de cariz rabiosamente urbano. Todo ello lo superó con *Thriller*, un álbum que fue acogido clamorosamente por todo tipo de público, de raza y de clase social. El disco, es obvio, rozaba la perfección y ofrecía un muestrario amplio -ya se adivina el hip hop, se establecen los cánones de la música disco, se olisquea algo de rap-gracias a la maestría de Quincy Jones. Junto a la calidad de éste, el propio Jackson demostraba en toda aquella época -como se comprobó en el disco que le siguió, el también excelente *Bad*- sus nada despreciables capacidades compositivas e innovadoramente interpretativas. Gracias a él, el macroshow tal como lo conocemos en la actualidad nació prácticamente en ese momento, así como la popularización de los videoclips de impacto. Sí, era el rey del pop.